

San Agustín

La Resurrección de la carne, que no creen algunos, creyéndola todo el mundo

Cierto que un hecho así pudo ser increíble en algún tiempo. Pero ahora ya el mundo ha creído que el cuerpo terreno de Cristo ha sido llevado al cielo; doctos e indoctos, con la excepción de muy pocos, sabios e ignorantes, presas de gran estupor, han creído ya la resurrección de la carne y la subida a las celestes esferas. Si creyeron algo que era increíble, reconozcan cuán estúpidos son los que no creen; y si lo que se ha creído es increíble, también es increíble que se halla creído así lo increíble.

Ya el mismo Dios, antes que sucediera ninguna de las dos cosas, predijo la realización de ambos increíbles, la resurrección de nuestro cuerpo para siempre y que el mundo creería una cosa tan increíble. Si vemos realizados uno de estos extremos increíbles, es decir, que el mundo creyera lo que es increíble, ¿por qué se va a desesperar que tenga lugar lo que el mundo creyó increíble, como se ha realizado ya lo que de modo semejante fue increíble, a saber, que el mundo creyera cosa tan terrible? ¿No se han anunciado en las mismas Escrituras, por las cuales creyó el mundo, esos dos extremos increíbles, de los cuales ya hemos visto el uno y creemos en el otro?

Pero todavía, si bien se considera, aparece más increíble el modo en que creyó el mundo. Cristo envió al mar de este mundo con las redes de la fe a unos pocos pecadores, faltos, para colmo, de toda erudición liberal, incultos en esas artes, imperitos en esas letras, sin armas dialécticas, sin recursos retóricos; y así pescó cantidad inmensa de peces de todas clases, algunos de categoría tan notable como fueron los mismos filósofos.

A esos dos extremos increíbles anteriores, si se admite –y debe admitirse, tenemos que añadir este tercero. Y he aquí que tenemos ya tres cosas increíbles que, sin embargo, fueron realizadas: es increíble que Cristo resucitase en su cuerpo y que subiera con ese cuerpo al cielo; es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble; es increíble también que hombres desconocidos, de ínfima calidad, en número tan reducido, hayan podido persuadir tan eficazmente de cosa tan increíble al mundo, incluso a sus sabios. De las tres cosas increíbles, estos filósofos con quienes discutimos no quieren admitir la primera; la segunda se ven forzados a verla; y no descubrirán cómo se ha realizado, si no creen en la tercera. Ciertamente la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo con el cuerpo que resucitó se predica ya en todo el mundo, y en todo el mundo ya es creída; si no es increíble, ¿cómo se ha creído en toda la redondez de la tierra?

Si un gran número de nobles, ilustres y sabios, hubieran dicho que lo vieron y hubieran difundido lo que presenciaron, no sería maravilla que el mundo hubiera creído; y el obstinarse en no creer a éstos, sería de extrema dureza. Pero si –como es verdad a pesar de tan pocos, de origen oscuro, los más

insignificantes, nada instruidos, los que dicen y escriben que lo vieron, el mundo ha creído, ¿por qué esos tan pocos obstinados que quedan no creen aún el mundo mismo que ya cree? Sin duda que este mundo ha creído a número tan insignificante de oscuros, bajos, ignorantes, porque con testigos de tan escasas cualidades convence con mayor maravilla la divinidad.

No fueron palabras, sino hechos maravillosos, los discursos de los predicadores. En efecto, los que no habían visto resucitar a Cristo en la carne y subir con ella al cielo, daban fe a los que predicaban, con palabras y portentos, que la habían visto. Habían conocido a unos hombres que hablaban en una sola lengua, o a los más en dos lenguas, y de pronto los oían hablar las de todos los pueblos. Veían que uno, cojo desde el seno de su madre, al conjuro de su palabra en nombre de Cristo, se había puesto en pie, sano, después de cuarenta años; que los paños usados por ellos habían curado los enfermos; que tantísimas personas aquejadas de diversas enfermedades recuperaban al punto la salud al ponerse en el camino por donde habían de pasar para que les tocara su sombra; que habían hecho otra serie de asombrosos prodigios en el nombre de Cristo, y, finalmente, que habían llegado hasta resucitar a los muertos.

Se admiten que todas estas maravillas han sido realizadas como se han contado, tenemos aquí otra serie de cosa increíbles para añadir a aquellas tres cosas. Con ello hemos acumulado testimonios tan notables de tantas cosas increíbles con el fin de persuadir una sola increíble: la resurrección de la carne y la subida al cielo. Y con todo ello no logramos doblegar la extrema pertinacia de estos incrédulos. Pero si no admiten que los apóstoles de Cristo realizaron estos milagros para garantizar la fe al predicar la resurrección y ascensión de Cristo, nos baste este único estupendo milagro: que el orbe de la tierra ha creído en ellas sin milagro alguno.

(*"Ciudad de Dios"* L XXII, cap, 5 p. 852 y ss.)